

LAS DERECHAS ESPAÑOLAS ANTE LA CRISIS DEL 98

The Spanish Right and the Crisis of 1898

Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS

UNED

Fecha de aceptación del original: 30-10-96

BIBLID [(1997) 15; 193-219]

RESUMEN: El “Desastre” español del 98 no puede considerarse como un hecho castizo de la historia nacional. Es un fenómeno europeo, que afectó a naciones como Francia, Italia y Portugal. Estos desastres de carácter militar coinciden, además, con un período de crisis intelectual —“revuelta contra el positivismo”— y con los inicios de procesos de transformación social y política. Todo lo cual generó, en la mayoría de los países europeos, una profunda crisis de legitimación de los sistemas políticos liberales y la decadencia de las ideologías políticas tradicionales, dando lugar al desarrollo, en el campo de la derecha, de un conservadurismo radical, cuyos máximos teorizantes fueron Charles Maurras y Maurice Barrés. En España, el avance hacia formas de conservadurismo radical o “nacionalismo integral” fue mucho más lento, debido a la emergencia de los nacionalismos periféricos catalán y vasco, a la debilidad del sentimiento nacional español, a la ausencia de reivindicaciones territoriales y de enemigos externos. No obstante, el conjunto de la derecha española de la época reaccionó ante el “Desastre” y ante los nuevos retos ideológicos y políticos con una sensación de interrogación, que les llevó a un replanteamiento de sus posiciones; a lo que hay que sumar las reflexiones de los regeneracionistas y de los representantes intelectuales del “espíritu del 98”, cuyas reflexiones críticas sobre el “problema de España” introdujeron nuevas perspectivas en el desarrollo del nacionalismo español. Todo lo cual incidió decisivamente en la génesis posterior de la derecha radical española.

Palabras Clave: Crisis finisecular, nacionalismo español, derechas políticas, regeneracionismos, intelectuales.

ABSTRACT: The Spanish disaster of 1898 cannot be considered as a uniquely Spanish event in the history of the nation. It was a European phenomenon, which

affected nations such as France, Italy and Portugal. These disasters of a military nature also coincided with a period of intellectual crisis —“the revolt against positivism”— and with the beginning of processes of social and political change. This generated, in many European countries, a profound crisis of legitimation of liberal political systems and the decline of traditional political ideologies, thus giving rise to the development on the right of a radical conservatism whose main theorists were Charles Maurras and Maurice Barrés. In Spain, the advance towards forms of “radical conservatism” or “integral nationalism” was much slower, due to the emergence of the peripheral Catalanian and Basque nationalisms, to the weakness of Spanish national feeling, and to the lack of territorial claims and outside enemies. Nevertheless, the whole of the Spanish right at the time reacted to the “disaster” and to the new ideological and political challenges with a sense of questioning which led them to reformulate their positions. To this must be added the reflections of the “regeneracionistas” and the intellectual representatives of the “spirit of 1898”, critical reflections on the “problem of Spain” which introduced new perspectives in the development of Spanish nationalism. All these factors decisively affected the subsequent genesis of the Spanish radical right.

Key words: Turn of the Century Crisis, Spanish Nationalism, Political Right, Regeneracionismo, Intellectuals.

INTRODUCCIÓN

El “Desastre” español de 1898 no puede ser considerado como un hecho esencialmente castizo de la historia nacional. España no fue la única nación europea que sufrió un “desastre” semejante. Hay, en efecto, un 98 portugués que tuvo lugar en dos momentos distintos: en 1890, cuando Portugal tiene que renunciar al sueño colonial del mapa de color de rosa ante la rotundidad del ultimatum británico; y en 1898 cuando Alemania y Gran Bretaña preparan un acuerdo secreto para repartirse las colonias portuguesas al sur de Ecuador. Hay un 98 italiano en 1896 cuando la tremenda derrota de Adua termina con el primer proyecto de una Abisinia italiana. Hay un 98 francés cuando en Fashoda se hundieron definitivamente las expectativas sobre Egipto ante la determinación británica de defender, como en el caso portugués, el control de la costa africana del Índico y las posibilidades de un eje El Cabo-El Cairo. En el caso francés, a ello se añaden los efectos psicológicos y políticos de la derrota de 1870 ante Alemania, y las del célebre affaire Dreyfus, que dividió al conjunto de la opinión política francesa¹.

En estrecha coincidencia con ello, la Europa finisecular experimenta un período histórico de profundos cambios psicológicos, en el que se produce “una revolución intelectual”, una “revuelta contra el positivismo” que iba a dar lugar a la creación de nuevos fundamentos culturales del pensamiento europeo. En ese momento, como señala Stuart Hughes, se definen las rupturas contra el positivismo del historicismo culturalista, del intuicionismo, del irracionalismo, de la estéti-

1. Vid. Jesús PABÓN: “El 98, acontecimiento internacional”, en *Días de ayer*. Barcelona, 1963, pp. 139 y ss. José María JOVER: *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial*. Madrid, 1979.

ca literaria, etc. Frente a la razón positivista, lo irracional resurgía: la razón histórica y vital reprimida por el reduccionismo idealista del positivismo se manifiesta de nuevo e intenta ajustar sus cuentas con la razón abstracta hasta entonces reinante².

Tanto los desastres internacionales como la revolución intelectual que iba gestándose tuvieron, a la larga y en diversos grados y ritmos, importantes consecuencias de orden político a la vez que ideológicas. Los gobernantes y los regímenes liberal-parlamentarios de sus respectivos países perdieron una parte sustancial de lo que el sociólogo Pierre Bourdieu llamaría su “capital simbólico”³. Por todo ello, tal vez fuera razonable aplicar a este período el famoso concepto de Jürgen Habermas, “crisis de legitimación”⁴. No sugiero con ello que a finales de siglo los gobernantes europeos hubieran perdido su legitimidad *in toto*; lo que sí sugiero, sin embargo, es que una forma importante de legitimación estaba perdiendo eficacia.

La crisis tuvo como consecuencia la decadencia de las ideologías políticas tradicionales —conservadurismo y liberalismo—; y el desarrollo de una gran variedad de direcciones políticas desde la extrema derecha a la extrema izquierda. En el campo de la derecha, la crisis trajo consigo la formulación de un nuevo conservadurismo radical, diferente del antiguo; y en el que el engrandecimiento de la nación, entendida como organismo colectivo, ocupaba un lugar prioritario. Ello supuso un cambio profundo en el ámbito de las ideas políticas contemporáneas. Históricamente, el nacionalismo, tal como se desarrolló en Europa desde el siglo XVIII, fue una forma específicamente moderna de identidad colectiva. Tras la ruptura con el Antiguo Régimen, y con la progresiva disolución de los órdenes tradicionales de las primeras sociedades liberales, los individuos se emancipan en el marco de las libertades ciudadanas abstractas. En esta situación, era el nacionalismo el que venía a satisfacer la necesidad de nuevas identificaciones. En ese sentido, el nacionalismo se distinguía de las viejas formas de identidad en varios aspectos. Las ideas fundadoras de la identidad nacional provenían de una herencia profana, independiente de la Iglesia y de la religión; igualmente, el nacionalismo hizo coincidir la herencia cultural común del lenguaje, literatura e historia con la forma de organización que representó el Estado. El Estado nacional liberal, surgido de la Revolución francesa, es el modelo por el que se orientaron los movimientos nacionales. Así, bajo el signo del nacionalismo, libertad y autodeterminación política significan, a la vez, ambas cosas: soberanía popular de los ciudadanos y autoafirmación en términos de política de poder de la nación que se ha vuelto soberana⁵.

2. H. STUART HUGHES: *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*. Madrid, 1972, pp. 25 y ss.

3. Pierre HUGHES: *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona, 1977, pp. 111 y ss.

4. Jürgen HABERMAS: *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*. Buenos Aires, 1975, pp. 55 y ss.

5. Vid. Andrés DE BLAS GUERRERO: *Nacionalismos y naciones en Europa*. Madrid, 1994. P. ALTER: “Nationalism”, Londres, 1989.

Por el contrario, el nuevo nacionalismo “integral” que iba a surgir de la crisis finisecular estaría asociado, desde el principio, a actitudes políticas de claro signo antiliberal y antiparlamentario. Se trata de un nacionalismo basado en la defensa de los valores tradicionales, en un momento en que éstos son puestos en cuestión por el desarrollo de los procesos de modernización social y política en el conjunto de las naciones europeas. No debemos olvidar, en efecto, que la génesis de este nacionalismo no puede entenderse únicamente como producto de la impresión de la decadencia y disgusto que siguió a las derrotas internacionales, ni de los cambios culturales e ideológicos a que hemos hecho referencia; es igualmente una reacción a los procesos de transformación estructural y política, que se manifiesta en una evocación nostálgica de la sociedad tradicional preindustrial, en el momento en que ésta parece trastocada. Como señala Raoul Girardet, cabe estructurar la más significativa línea —aunque no la única, como veremos al hacer mención al nacionalismo italiano— de la derecha radical europea dentro del cuadro general de una sociedad tradicional y la emergencia de una sociedad nueva de carácter industrial y secular⁶.

Este nuevo conservadurismo radical halló su caudillo intelectual indiscutible en Francia en la figura de Charles Maurras (1868-1952), quien, en pleno affaire Dreyfus, en 1899, fue uno de los fundadores de la revista “L’Action Française”, luego convertida en diario y movimiento político⁷. Francia era, entonces, una sociedad en proceso de modernización, en la que aún se daba un claro predominio del mundo rural sobre el mundo urbano; y cuyo sistema político, a pesar de sus indudables avances, entre corrupciones y escándalos, distaba de haber completado la modernización de las estructuras políticas y de las relaciones sociales⁸. “L’Action Française”, que en un principio sólo recibió el apoyo de un reducido grupo de intelectuales, se convirtió con el tiempo, aunque sin salir de su carácter minoritario, no sólo en vanguardia de una nueva forma de nacionalismo, sino también en centro de convergencia de todos los que se consideraban amenazados por el proceso de cambio social y político: rentistas, terratenientes, aristocracia rural, notables de provincia, militares, clero católico, etc.⁹.

La influencia de Maurras y su grupo fue, ante todo, intelectual. Su ideología es una curiosa amalgama de elementos racionalistas-positivistas, por un lado, y de las nuevas tendencias voluntaristas y vitalistas finiseculares. Desde la perspectiva maurrasiana, de la observación de los fenómenos sociales surge la idea de que la necesidad natural origina un orden, la desigualdad y la jerarquía. Los supuestos liberales de libertad, igualdad y contrato son, en ese sentido, meras construcciones de la imaginación. La nación es un producto de la naturaleza, que no obedece ni a una elección ni a un contrato determinado; es una sociedad natural e histórica, cuyos miembros son tales por el azar del nacimiento. Por ello, el patriotismo es el sentimiento más natural; y es un deber primordial contribuir a la existencia y a la super-

6. RAOUL GIRARDET: *Le nationalisme français*. Paris, 1983, p. 28.

7. Eugen WEBER: *L’Action Française*. Paris, 1985.

8. Vid. Eugen WEBER: *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France 1870-1914*. Stanford, 1976.

9. Eugen WEBER: *L’Action Française*, pp. 350 y ss.

vivencia de la nación. La nación es el más amplio de los círculos comunitarios en que el individuo halla defensa, apoyo, concurso. La nación es el círculo terminal de la sociedad temporal; y el Estado es el funcionario de la sociedad, de la nación. El Estado no tiene que ver, en general, con los individuos. Deja actuar, bajo su protección y arbitraje, a la multitud de pequeñas organizaciones espontáneas, de las colectividades autónomas, de las repúblicas locales, profesionales, morales y religiosas, que constituyen la esencia de la nación. Esta sociedad es anterior al Estado, que no es más que el órgano indispensable de la sociedad. Su jefe debe ser necesariamente independiente y, por tanto, absoluto, capaz de solucionar las cuestiones que exigen independencia soberana: la diplomacia, el Ejército, las cuestiones de interés general. El jefe del Estado debe seguir el método del “empirismo organizador”, basándose en verdades ciertas, resultado del examen de los hechos sociales naturales y del análisis de la historia política. En consecuencia, debe repudiar los principios abstractos, fruto de deducciones inspiradas por las pasiones. El jefe del Estado debe ser, finalmente, un monarca, un rey hereditario: “La Monarquía hereditaria es en Francia —dirá— la constitución natural, racional, la única constitución posible del poder central”¹⁰. La República, por el contrario, era incapaz, por su propia estructura y características políticas, de defender a la nación; era sinónimo de anarquía, de ausencia de poderes.

Las tendencias subjetivistas, anárquicas y cosmopolitas tenían igualmente su campo de desarrollo en la literatura y el arte. La vida política francesa era también el reflejo de las transgresiones románticas de los cánones estéticos del clasicismo grecolatino inherente a la tradición nacional francesa. El romanticismo significaba el individualismo en el arte; era la expresión de la rebeldía individual contra las ordenaciones que limitan y contienen los caprichos del desenfreno individual; es, sobre todo, la afirmación del valor supremo de la espontaneidad contra la inteligencia que modera y jerarquiza los contenidos de la obra de arte. Así pues, el romanticismo llevaba en sí mismo, frente a la preceptiva clasicista, las consecuencias políticas del liberalismo¹¹.

Distinta era la perspectiva de otro de los representantes intelectuales del nacionalismo conservador francés, Maurice Barrés (1862-1923), quien, a diferencia de Maurras, no llega al nacionalismo a partir de una vía inductiva, científica, sino a través del sentimiento, de su “yo”. Ante la angustia suscitada por el intelectualismo, para Barrés la única actitud posible del “yo” es la renuncia a la subjetividad, buscando y hallando un fundamento superior a la efímera vida individual. El hallazgo de tal fundamento no es el resultado de una operación intelectual, sino de una revelación sentimental, la de sentirse limitado por unas realidades superiores, como son la tradición y la Patria, mostrándose dispuesto a servirla liberándose de la anarquía intelectual. La nación queda definida por la tierra y los muertos; es “un territorio donde los hombres poseen en común los recuerdos, las

10. Charles MAURRAS: *Encuesta sobre la Monarquía*. Madrid, 1935. Charles MAURRAS: *Romanticisme et Revolution*. París, 1922. Charles MAURRAS: *Mes idées politiques*. París, 1937.

11. Charles MAURRAS: *Romanticisme et Revolution*. París, 1922, pp. 11 y ss.

costumbres, un ideal hereditario". Nación y civilización coinciden; a través del tiempo, va formándose la conciencia nacional, una visión del mundo, una comunidad de espíritus, que Barrés llama "tradición". Frente a Maurras, que pretendía identificar las tradiciones católicas y monárquicas con la identidad nacional, Barrés se siente heredero de todas las tradiciones francesas, desde la revolucionaria hasta la monárquica, romántica o clásica. Partidario de una república de carácter plebiscitario, Barrés veía igualmente en el catolicismo, aunque él personalmente no fuese creyente, y en el Ejército elementos primordiales de la cohesión nacional. E introduce en el discurso nacionalista elementos de claro sesgo populista, presentando al "pueblo" como auténtico portavoz del genio nacional frente a los "desarraigados", judíos, internacionalistas e intelectuales¹².

Aunque tardíamente, el nacionalismo conservador francés ejerció una influencia notable en Portugal, a pesar de que eran dos sociedades, en principio, de muy distinta contextura social y política. Desde 1890, la sociedad portuguesa se encontró inmersa en una profunda crisis de Estado. A la bancarrota financiera, se sumó la crisis política, ideológica y, en definitiva, moral provocada por el Ultimatum británico¹³.

La Monarquía lusa seguía la línea del liberalismo oligárquico, con sus redes caciquiles locales y su pluralismo restringido que garantizaba el monopolio de los dos partidos y sus respectivas clientelas. Y que fue incapaz de integrar políticamente a los sectores mesocráticos urbanos nacidos al socaire de los tímidos comienzos de industrialización finiseculares. El desarrollo económico en Portugal se había realizado de una forma compleja y lenta, a través de la coexistencia de relaciones sociales capitalistas con formas de producción ligadas al artesanado y formas agrarias cuasifeudales. La economía portuguesa era, en consecuencia, un mosaico de situaciones diversas, tanto desde el punto de vista geoeconómico como desde las formas de producción articuladas de forma compleja. Portugal era una nación "dualizada" en torno a la posesión de la tierra, con un sur donde predominaba de forma absoluta el latifundio; y un norte, de predominio minifundista¹⁴.

Ante la crisis del régimen político, la corona dio facultades extraordinarias al político João Franco, quien gobernó por decreto, personificando una variante de liberalismo autoritario, consistente en medidas de carácter discrecional y antiparlamentario¹⁵. Finalmente, el 5 de octubre de 1910 caía la Monarquía portuguesa; y era proclamada la I República. El cambio de régimen produjo un intento de

12. Sobre Barrés, vid.: Albert THIBAUDET: *La vie de Maurice Barrés*. París, 1921. Zeev STERNHELL: *Maurice Barrés et le nationalisme français*. Paris, 1972.

13. Vid. Augusto COSTA DÍAS: *La crisis de la conciencia pequeño-burguesa en Portugal. El nacionalismo literario de la Generación del 90*. Barcelona, 1966. Pilar VÁZQUEZ CUESTA: "Un noventa y ocho portugués: el Ultimatum de 1890 y su repercusión en España", en José María JOVER (dir.): *El siglo XIX en España: doce estudios*. Barcelona, 1974, pp. 465 y ss.

14. Manuel VILLAVERDE CABRAL: *Portugal na alvorada do século XIX. Forças sociais, poder político e crescimento económico de 1890 a 1914*. Lisboa, 1979. Miriam HALPERN PEREIRA: *Política y economía. Portugal en el siglo XIX y XX*. Barcelona, 1984.

15. Vid. Amadeu CARVALHO HOMEM: "João Franco ou a tentação ditatorial", en João MEDINA (dir.): *Historia de Portugal dos tempos prehistóricos a os nossos dias*. Vol. IX. Lisboa, 1994, pp. 389 y ss.

renovación ideológica en el seno de algunos sectores monárquicos, desengaños, sobre todo en sus núcleos más jóvenes, de la experiencia constitucional. Antes de la caída del régimen, las ideas de Charles Maurras apenas eran conocidas en Portugal; pero el advenimiento de la República creó las condiciones efectivas para su difusión. A ello contribuiría eficazmente la emigración monárquica instalada en Bélgica y en Francia, donde algunos entraron en contacto con los círculos maurrasianos. De aquella experiencia surgió el movimiento Integralista, cuyos máximos representantes fueron Antonio Sardinha, José Pequito Rebello e Hipólito Raposo. El Integralismo aunaba las tradiciones religiosas del tradicionalismo portugués con el enfoque determinista del “empirismo organizador” maurrasiano. Su proyecto político se centraba en la instauración de una Monarquía de carácter representativo, orgánico-corporativa, confesionalmente católica, de orientación nacionalista descentralizada, bajo la égida del monarca, fiel defensor del interés nacional, secundado por una aristocracia; y en la defensa de la civilización agraria, y en particular del latifundio, frente al industrialismo y las tendencias de la sociedad moderna y secularizada¹⁶.

Los integralistas no fueron, sin embargo, los únicos representantes del nacionalismo conservador en Portugal. En ese sentido, destaca la figura del poeta y ensayista Fernando Pessoa¹⁷, quien a su faceta lírica unió la de pensador político. Pessoa siempre subrayó sus diferencias con el Integralismo¹⁸; pero dio su apoyo a los sucesivos regímenes autoritarios de Portugal. El poeta luso simpatizó con la figura del dictador militar Sidonio Pais, “Presidente de la República por voluntad del Destino y por el derecho de la Fuerza, derechos mejores que el sufragio”. Frente al régimen liberal, que Pessoa llamaba “oligarquía das bestas”, el poeta esperaba de la dictadura de Pais el gobierno de las fuerzas sociales y, en especial, de la burguesía. En ese sentido, intentó formular una teoría del sidonismo o república presidencialista nacional “que, por ser república, no rompe la continuidad del régimen y que, por establecer el poder personal, comienza a introducir uno de los principios fundamentales del régimen futuro y de la tradición portuguesa”. De la misma forma, Pessoa apoyó el golpe de Estado militar de 1926 y posteriormente la entronización del general Carmona. Para Pessoa, la democracia liberal era básicamente “un error” que “sólo aparece en momentos de decadencia”. Era un régimen “antisocial”, “anti-popular” y, sobre todo, “antinacional”, porque las naciones toman conciencia de sí con el sentimiento de las rivalidades internacionales, mientras que la democracia es cosmopolita y pacifista; en definitiva, “una orgía de traidores”¹⁹.

Italia era, desde 1861, un Estado nacional recién fundado, con una Monarquía constitucional, que se había convertido, en el curso de los años, en un régimen

16. Vid. Carlos FERRÃO: *O Integralismo Lusitano e a Republica (Autopsia dum mito)*. Lisboa, 1964. Leão RAMOS ASCENSÃO: *O Integralismo Lusitano*. Porto, 1943. Jesús PABÓN: *La revolución portuguesa*. Tomo II, Madrid, 1941, pp. 273 y ss.

17. João GASPAS SIMOES: *Vida y obra de Fernando Pessoa. Historia de una generación*. México, 1987.

18. Fernando PESSOA: *Da Republica (1910-1935)*. Lisboa, 1978, p. 376.

19. *Ibidem*, pp. 239, 306. Fernando PESSOA: *Ultimatum e páginas de sociologia*. Lisboa, 1980, p. 27.

oligárquico de pequeños grupos políticos que, gracias a las prácticas “transformistas”, al derecho electoral restringido, a la abstención de la mayoría católica y al atraso de las estructuras sociales, se alternaban en el poder político. Italia era también un país profundamente fragmentado aún, con grandes diferencias lingüísticas y regionales; lo cual impidió de varias formas el crecimiento de una cultura y de un espíritu cívico nacionales. No menos importante era la diferenciación económica entre un norte, donde la industrialización lograría importantes progresos a finales de siglo; y un sur agrario, que se convirtió en un lastre económico para el resto del país²⁰.

El político conservador Francesco Crispi trató de llevar a cabo una política antisocialista —reformista y represiva, a la vez— inspirada en Bismarck, junto a una ambiciosa política de expansión colonial, que fracasó en la batalla de Adua, en la que el Ejército italiano fue derrotado por las tropas de emperador de Abisinia. El sucesor de Crispi, Rudini, intentó lograr un trozo de territorio chino, empeño en el que igualmente fracasó. Las malas condiciones económicas y sociales provocaron en 1898 una ola de desórdenes revolucionarios que llevaron a Umberto I a poner al general Pelloux al frente de un gobierno conservador, que reprimió con extrema dureza a los dirigentes de las revueltas.

El fracaso del primer imperialismo italiano dio origen a la aparición de las primeras publicaciones de carácter nacionalista, como “La Voce”, “Leonardo”, “Il Regno” o “Lacerba”, en cuya aparición y desarrollo tomaron parte jóvenes escritores y políticos como Giovanni Papini, Giuseppe Prezzolini, Enrico Corradini, Francesco Coppola, Gabriele D’Annunzio²¹. El nuevo nacionalismo italiano tenía como objetivo, por una parte, la lucha contra la “democracia positivista” y la “Monarquía socialista” —nombres con los que se denominaba el régimen político vigente—; y, por otra, el logro de una cultura y una mística nacional unitaria, a través del ejemplo de la Roma antigua, de la Italia de la Edad Media y del Renacimiento, de los poetas y de los pintores²².

Aunque la influencia de Maurras y de Barrés no estuvo ausente de algunos nacionalistas, como Coppola, el nuevo nacionalismo italiano se diferenciaba de la perspectiva pasadista y tradicionalista de los franceses en su glorificación del progreso económico y de las élites burguesas, al igual que en su reivindicación de la expansión colonial, principalmente en África: “El nacionalismo es a un tiempo expansión de un justo orgullo de mejora material, y una reacción al desfallecimiento moral”²³.

Si bien la mayoría de los nacionalistas vieron en Mosca y Pareto, con sus teorías de la élite, a los precursores de su alternativa política, en el caso de Enrico

20. Vid. ROSARIO ROMEO: *Risorgimento e capitalismo*. Bari, 1959. F. DELLA PERUTA: *I democratizi e la rivoluzione italiana*. Milán, 1958.

21. FRANCO GAETA: *Nazionalismo italiano*. Nápoles, 1965. ROBERT PARIS: *Los orígenes del fascismo*. Barcelona, 1976. FRANCESCO LEONI: *Il nazionalismo italiano*. Milán, 1981. NORBERTO BOBBIO: *Perfil ideológico del siglo XX en Italia*. México, 1989.

22. GIOVANNI PAPINI, GIUSSEPPE PREZZOLINI: *Vecchio e nuovo nazionalismo*. Milán, 1914, p. III.

23. *Ibidem*, p. X.

Corradini —influido también por Sorel— el nacionalismo se tiñe de tendencias populistas, a través del famoso concepto de “nación proletaria”. Para una nación pobre y cuya unidad aún no estaba consolidada, el objetivo común debía ser la expansión territorial, no la lucha de clases. De ahí la unión por encima de las clases sociales, para la expansión del genio italiano en el mundo: “El nacionalismo quiere ser para toda la nación lo que el socialismo fue para el proletariado (...) Una tentativa de redención”²⁴.

En diciembre de 1910 se funda el Partido Nacionalista entre escritores e intelectuales, como Luigi Federzoni, Alfredo Rocco, Roberto Forges-Davanzati, Francesco Coppola, Maurizio Maraviglia, Paolo Orano y Enrico Corradini, algunos de los cuales se transformarían años después en altos dignatarios del fascismo.

¿Cuál fue, en ese sentido, la relación entre el desarrollo histórico del nacionalismo conservador en España y el “Desastre” colonial de 1898? La crisis del 98 fue realmente una crisis de identidad nacional. Los valores en que se asentaba el concepto de nación española sufrieron un profundo marasmo y no se veía claro el futuro. La derrota ante Estados Unidos demostró que bajo el régimen de la Restauración, España no sólo era incapaz de competir con las grandes potencias, sino igualmente de conservar lo que quedaba del viejo imperio colonial. El conjunto de las derechas españolas del momento —conservadores dinásticos, tradicionalistas carlistas, integristas, católicos— se sumieron en una sensación de perplejidad que dio paso a una actitud de interrogación. A ello se sumó la reflexión de los “regeneracionistas” y de los representantes intelectuales del “espíritu del 98”, que, si bien no pueden ser relacionados, en aquel momento, con el conjunto de la derecha española, supieron introducir, a través del planteamiento crítico del llamado “problema de España”, nuevas perspectivas en el desarrollo ideológico del nacionalismo español, y que incidieron de forma decisiva en la génesis posterior de la derecha radical. En ese sentido, el caso español fue muy semejante al portugués.

Hay que decir, sin embargo, que en España el avance hacia formas de nacionalismo integral fue mucho más lento que en el resto de los países europeos a los que hemos hecho mención. Un rasgo esencial de nuestro país fue, en ese sentido, la aparición, a raíz del “Desastre”, de los nacionalismos periféricos como movimientos políticos de envergadura. Cuando en Italia se había afianzado su nueva unidad nacional, en España aparecían los nacionalismos vascos y catalán, que, además, tenían implantación muy significativa en regiones caracterizadas no sólo por su peculiaridad cultural, sino también por su dinamismo económico. Ello era consecuencia, en parte, de la debilidad del sentimiento nacional español, como corresponde a un país tardíamente integrado, incluso desde el punto de vista de las comunidades internas. A lo que se unía la ausencia de reivindicaciones territoriales en el exterior, a diferencia de Italia; y una posición internacional subordinada y marginal, que tampoco contribuyó a configurar, a diferencia de Francia en

24. Enrico CORRADINI: “Le nazioni proletarie e il nazionalismo”, en *Discorsi politici (1902-1924)*. Florencia, 1924, p. 109.

relación a Alemania, una imagen de enemigo exterior cohesionadora del sentimiento nacionalista. Por todos estos factores, el conjunto de la derecha española, a partir del “Desastre”, iba a tener como objetivo la búsqueda de un nuevo proyecto nacional común en el interior, en una situación muy distinta a la del resto de las naciones europeas.

I. DEL SILVELISMO AL MAURISMO: LA RECTIFICACIÓN CONSERVADORA DE LA RESTAURACIÓN

El “Desastre” y su repercusión en la opinión pública hizo presagiar una próxima caída del régimen político. Era obvio que el grueso de la responsabilidad política e histórica recaía directamente sobre el sistema de la Restauración y el conjunto de su clase política. El régimen de la Restauración era muy semejante al vigente en Portugal hasta 1910 e incluso al imperante en la Italia meridional. No podía ser considerado como la expresión política del conjunto de la sociedad; tampoco de una clase social en concreto, sino de un limitado grupo de profesionales de la política, los “amigos políticos”, que actuaban siguiendo su propio interés; y cuyo poder se basaba en el caciquismo y en la desmovilización permanente de la mayoría de la sociedad²⁵.

La misma ideología del régimen, basada en una solución de compromiso entre el liberalismo y el tradicionalismo, y en una concepción patrimonialista de la Monarquía, obstaculizó una solución negociada al conflicto. La previsible derrota ante Estados Unidos fue contemplada por las élites del sistema como preferible a una paz claudicante, que hubiera sido letal para el régimen monárquico y su pervivencia²⁶.

Una vez consumada la derrota, la clase política de la Restauración temió una reacción violenta que hiciera peligrar la corona. De hecho, se llegó a pensar en una alternativa semejante a la representada por Boulanger en Francia o Pelloux en Italia. Esta alternativa, en cierto modo “bonapartista”, estuvo encarnada en la figura del general Camilo Polavieja, héroe de la guerra de Filipinas, vinculado a los círculos católicos y de extrema derecha, y hombre bien visto en la Corte y en ciertos núcleos del empresariado catalán. En plena resaca de la guerra, Polavieja sacó a la luz pública un manifiesto, donde hacía una dramática llamada al “sentimiento nacional” por encima del régimen de partidos, y en el que se propugnaba la extirpación del caciquismo, la descentralización administrativa, el servicio militar obligatorio, la unión del pueblo a la Monarquía, el respeto al catolicismo y una política tecnocrática de fomento de la riqueza al margen de las abstracciones de la política oficial²⁷.

25. JOSÉ VARELA ORTEGA: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*. Madrid, 1977.

26. CARLOS SERRANO: *Final del Imperio. España 1895-1898*. Madrid, 1984, pp. 44 y ss.

27. Vid. MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO: “Polavieja”, en *En torno al 98. Política y literatura*. Madrid, 1948, p. 49 y ss. CARMEN GALLEGO FRENILLO: *Estudio historiográfico del general Polavieja*. Memoria de licenciatura inédita. Madrid, 1955. JOAQUÍN ROMERO MAURA: *La rosa de fuego. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*. Madrid, 1989, pp. 13 y ss.

Sin embargo, Polavieja descartó explícitamente, en su manifiesto, cualquier intento de acaudillar una dictadura de carácter militar. La propia rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos y la propia atonía con que fueron recibidos por el grueso de la población impidieron la formación de un partido de la guerra y la consiguiente articulación de una alternativa del carácter autoritario²⁸.

El partido conservador dinástico, bajo la dirección ahora de Francisco Silvela, fue el grupo político que mejor supo interpretar la necesidad de cambios que mantuvieran el orden establecido. Disidente del canovismo, Silvela venía propugnando, desde hacía tiempo, un proyecto político alternativo, que giraba en torno a la reforma de las administraciones públicas, con la adopción del sufragio corporativo, a través de la representación de los intereses sociales; la descentralización, como medida para combatir el caciquismo; y la conversión de la opinión pública en la base del régimen político²⁹.

Silvela logró formar un gobierno de concentración en el que se integraron las corrientes de reacción suscitadas por el “Desastre”: regionalistas catalanes como Durán y Bas, militares como Polavieja, conservadores como Dato, Villaverde, Pidal, etc.; y cuyo programa se centró en el reajuste financiero, la consolidación del crédito, la descentralización administrativa, la restauración de la Escuadra y el Ejército; y una atención preferente a las mejoras técnicas en agricultura, industria y comercio³⁰.

La acción del gobierno se vio obstaculizada no sólo por la oposición de las Cámaras de Comercio —el movimiento patrocinado por Joaquín Costa—, sino por las contradicciones internas del propio gabinete, en particular por las dificultades de acuerdo entre los planteamientos hacendísticos de Villaverde y los proyectos de restauración militar y naval acariciados por Polavieja, o la resistencia de los contribuyentes catalanes a las exigencias fiscales del ministro de Hacienda conservador, que desautorizaba la presencia del regionalismo catalán de Durán y Bas en el Gobierno.

Sin embargo, el auténtico representante de las nuevas tendencias conservadoras fue el sucesor de Silvela, Antonio Maura y Montaner³¹, antiguo miembro del partido liberal. Maura no fue solamente una de las figuras más controvertidas, sino una de las personalidades más apasionantes que engendró la nueva situación política. Era

28. Romero MAURA: *Op. cit.*, p. 11.

29. Vid. Florentino PORTERO: “Francisco Silvela, jefe del conservadurismo español”, en *Revista de Historia Contemporánea*, núm. 2, diciembre 1983, pp. 147 y ss. E. TAPIA: *Francisco Silvela, gobernante austero*. Madrid, 1968. Félix DE LLANOS Y TORRIGLIA: “Notas”, en FRANCISCO SILVELA: *Artículos, Discursos, Conferencias y Cartas*. Tomo I. Madrid, 1922.

30. Vid. Carlos SECO SERRANO: “Regeneracionismo y tensiones sociales (en torno al gobierno Silvela de 1899 a 1900)”, en *Revista de la Universidad Complutense. Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. Homenaje a Don Jesús Pabón (II)*, julio-septiembre 1978, pp. 221 y ss.

31. Javier TUSELL: *Antonio Maura. Biografía política*. Madrid, 1994. Mercedes CABRERA: “El testamento de Antonio Maura”, en *Estudios de Historia Social*, núms. 32-33, enero-junio 1985. María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*. Madrid, 1990. Mucho menos interés, por su total impericia estilística y su falta de ideas, tiene la obra de Cristóbal ROBLES MUÑOZ: *Antonio Maura. Político liberal*. Madrid, 1995.

un orador elocuente y un político práctico; pero, al mismo tiempo, una personalidad pletórica de contradicciones; liberal y autoritario, en la misma medida. Su paralelo europeo podía ser el de un João Franco o un Francesco Crispi, Ideológicamente, Maura era un liberal, pero su pensamiento político presentaba unos muy acusados perfiles conservadores e incluso tradicionalistas, tanto en su organicismo social como en su historicismo y, desde luego, en sus planteamientos regeneracionistas. Como en el caso de Silvela, el proyecto maurista nace de la percepción del agotamiento táctico de la vía restrictiva del liberalismo doctrinario, tras la crisis de 1898:

“Las Cortes, que son uno de los principales órganos del Poder y como una irradiación del Gobierno, mueren sin duelo y nacen sin alegría. ¿Por qué? En primer lugar, porque la inmensa mayoría del pueblo español está vuelta de espaldas, no interviene para nada en la vida política. De los que quedan eliminad las muchedumbres socialistas, anarquistas y libertarias; restad las masas carlistas y las masas republicanas de todos los matices; id contando mentalmente lo que os queda; subdivididlo entre las fracciones gobernantes, y decidme la fuerza verdadera que le queda en el país a cada una, la fuerza que representa cada organismo gobernante con su mayoría, con su voto decisivo, con la acción y dirección que ejerce en los negocios de la nación”³².

En ese sentido, Maura popularizaría, asumiendo muchas de las críticas regeneracionistas al régimen de la Restauración, la idea de “revolución desde arriba”, que, en algunas de sus cartas, definiría como “una Dictadura cívica, inteligente, austera, preparadora de la regularidad jurídica en la vida popular y del Estado”, que cerrara el paso a una posible dictadura militar representada por “un general soez, ignorante, estampilla de un puñado de amigotes peores que él”³³.

Desde la perspectiva maurista, esta “revolución” era fundamentalmente política —aunque también publicó leyes, como la de 1907, en defensa de la producción nacional—; y radicaba en lo que llamaba “descuaje del caciquismo” y en la consiguiente revitalización de la vida política a través de la incorporación al ejercicio de la “ciudadanía” de las llamadas “masas neutras”, en cuya desmovilización veía una de las causas de la crisis del sistema político. En ese sentido, Maura fue consciente de la necesidad de organizar un auténtico partido político moderno, superador del comité de notables y agentes caciquiles de que estaba compuesto el partido conservador canovista, con el objetivo de ganarse a la opinión conservadora y tradicionalista, que creía aletargada por el entramado caciquil³⁴.

Maura entendió el problema de la representatividad como una cuestión de perfeccionamiento y renovación de las técnicas de control del bipartidismo, integrando dentro de los cuadros del partido conservador renovado a los sectores conservadores, tradicionalistas, católicos y regionalistas³⁵.

32. Antonio MAURA: *Treinta años de vida pública*. Madrid, 1953, pp. 290-291.

33. Archivo Antonio Maura. Legajo 115, 11 y 16-III-1901.

34. Antonio MAURA: *Treinta años...*, p. 250.

35. Vid. Teresa CARNERO: “Política sin democracia en España”, *Revista de Occidente*, núm. 83, abril 1988.

La renovación del sistema político pasaba por la reforma de la vida local, de los procedimientos electorales y de la representatividad parlamentaria. En su proyecto de “descuaje del caciquismo”, Maura propugnaba un distinto tratamiento del doble carácter de los delegados del Gobierno y órganos ejecutivos locales, ostentado por el gobernador civil y el alcalde, distinguiendo entre las funciones municipales del alcalde (de las que había de ser únicamente responsable ante los tribunales y su propio consejo) y sus deberes como delegado estatal (controlados estos por el gobernador). Así, suprimiendo las relaciones entre el Ministerio de Gobernación y la vida municipal, desaparecería el caciquismo; máxime si, al mismo tiempo, se otorgaba al municipio una ampliación de la autonomía.

Directamente relacionada con los objetivos perseguidos por la Ley de Administración Local, se hallaba la Ley de Reforma Electoral, que introducía novedades importantes, como la obligatoriedad del voto, la regulación de las juntas del censo electoral, la intervención del Tribunal Supremo en la determinación de la validez del acta; pero también, y es significativo, el nombramiento automático de los candidatos sin contrincante, cuyo resultado fue que en amplias zonas dejaron de celebrarse elecciones y que un amplio número de diputados comenzaron a acceder al Congreso sin necesidad de pasar por las Urnas³⁶.

Fue, sin embargo, la pretensión gubernativa de introducir el sufragio corporativo en la vida municipal y la elección de segundo grado en la designación de los diputados provinciales, lo que mayor polvareda levantó en la oposición. Sin embargo, la defensa del voto corporativo y del organicismo no pasaban de ser, al menos en principio, una solución correctora de las deficiencias de sistema político. En el pensamiento de Maura, influido en esto por los planteamientos del krausista Ahrens, no implicaban una crítica trascendente del liberalismo; era un elemento complementario de la representación individual, que debía traer consigo la incorporación de grupos sociales y económicos en los órganos representativos³⁷.

Este programa reformista venía unido a una reafirmación de los valores que Maura y sus partidarios consideraban inherentes a la nación española. La “revolución desde arriba” se desenvolvía en la continuidad de la vida histórica tradicional; no pretendía variar “el sentido y el genio del pueblo”, sino establecer “sobre su total integridad las instituciones políticas”³⁸. Así, Maura tomaba de Menéndez Pelayo su identificación de la idea nacional española con el catolicismo y la Monarquía. El catolicismo era “la médula histórica de nuestra nacionalidad”; mientras que la Monarquía era “el núcleo de la nacionalidad, el broche, el lazo, la personificación de la unidad nacional”³⁹.

La “tradicción” aquí invocada tenía, por supuesto, una carga polémica que intentaba deslegitimar otras “tradiciones” alternativas. Significaba un intento de

36. Vid. Teresa CARNERO: “Política sin democracia en España”, en *Revista de Occidente*, núm. 83, abril 1988.

37. MAURA: *Treinta años...*, p. 488.

38. ANTONIO MAURA: *Estudios jurídicos*. Madrid 1961, pp. 28-29.

39. ANTONIO MAURA: *Conferencia resumen pronunciada en el Teatro Real de Madrid el día 23 de abril de 1915*. Madrid, 1915, pp. 11, 19 y ss.

anclar a una sociedad como la española en un determinado ámbito de sentido. Por eso, para Maura instaurar una república en España era “obra de arquitecto que se pusiera a proyectar sin contar con la ley de la gravedad”⁴⁰.

No es extraño que Maura gozara de la admiración de los sectores antiliberales de la sociedad española, como el líder neocatólico Alejandro Pidal o del carlista Juan Vázquez de Mella, e incluso de la del propio Charles Maurras, quien mantuvo correspondencia con él y solía mandarle sus obras con afectuosas dedicatorias. Maura era, para Maurras, el enérgico sucesor de Cánovas, “el ilustre campeón del regionalismo y del autoritarismo español”; y, sobre todo, “el más eminente defensor del orden europeo”⁴¹.

A ello no era tampoco ajeno al autoritarismo de que Maura solía hacer gala a la hora de reprimir los conflictos sociales y políticos, y que finalmente provocaría su caída. El proceso que condujo a la caída de Maura en 1909 es de sobra conocido. El conflicto de fronteras en la plaza de Melilla requirió una importante movilización de fuerzas militares, que suscitó la protesta de republicanos y socialistas, muy definidos en el frente antimilitarista y anticolonialista abierto en 1898. La protesta degeneró en los graves sucesos de Barcelona —la llamada “Semana Trágica”— y la represión subsiguiente, que suscitó una clamorosa ofensiva antimaurista tanto en el interior como en el exterior; y que en el parlamento español contó incluso con el apoyo del partido liberal, que de aquella forma rompió el compromiso de solidaridad del “turno”. Alfonso XIII, por su parte, se adelantó, ante el enorme alcance que tomaba la marejada antimaurista, a la dimisión de Maura, abriendo el paso al turno liberal. De aquella forma, finalizaba la experiencia regeneracionista conservadora de Maura, un duro golpe del que nunca se repondría.

II. CARLISMO Y NACIONALISMO

Puede haber pocas dudas de que el tradicionalismo carlista, con su persistencia a lo largo del siglo XIX, logró convertirse no sólo en uno de los ejes de la vida política española, sino igualmente en uno de los elementos fundamentales de la identidad ideológica de buena parte de las derechas españolas. Durante la Restauración, el carlismo desplegó una intensa actividad política, e incluso logró modernizar su organización como partido, aunque careció de la necesaria vertebración interna; lo cual tuvo como consecuencia una serie de escisiones —la integrista primero, luego la mellista— que repercutieron notablemente en su evolución como movimiento político⁴².

40. *Ibidem*, p. 11.

41. “La lettre de Monsieur Maura”, “L’Action Française”, 8-II-1913. Archivo Antonio Maura. legajo 378. Vid. también Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “El pensamiento sociopolítico de la derecha maurista”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tomo CXC. Cuaderno III. Madrid, 1993, pp. 365 y ss.

42. Vid. Javier REAL CUESTA: *El carlismo vasco*. Madrid, 1985. Del mismo autor: *Partidos, elecciones y bloques de poder en el País Vasco, 1876-1923*. Bilbao, 1991. Martín BLINKHÖRT: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*. Barcelona, 1979.

Durante la guerra con Estados Unidos, el carlismo se vio en una situación contradictoria, puesto que, por una parte, no podía atacar directamente a un régimen que, como el de la Restauración, defendía los últimos restos del imperio español en nombre de la tradición histórica; y, por otra, era obvio que una derrota podía favorecer su alternativa política. En aquellos momentos, el carlismo carecía de fuerza suficiente en el interior y de apoyos en el exterior como para desencadenar otra guerra, como había ocurrido veinticinco años antes; y sólo un eventual apoyo de sectores del Ejército, con Weyler a la cabeza, como pensaron algunos carlistas, podía convertirle en un peligro para el sistema. Al faltarle tales apoyos, la rebeldía carlista sólo pudo manifestarse, acabada la guerra, en algunos conatos de levantamiento o en quiméricos planes subversivos, sin incidencia real⁴³.

En otro orden de cosas, el diagnóstico carlista en relación al “Desastre” tuvo una significación inequívoca. De ello fue buena muestra la intervención de Enrique Gil y Robles —entonces, al máximo ideólogo tradicionalista— en la famosa encuesta “Oligarquía y caciquismo” de Joaquín Costa. A su juicio, el “Desastre” y la situación en que se encontraba el conjunto de la sociedad española era consecuencia de la “revolución burguesa” llevada a cabo por los liberales desde comienzos de siglo. El régimen liberal, bastión de una burguesía “irreligiosa” e “hipócritamente pietista”, había convertido a la sociedad española en masa indiferenciada e inorgánica. La solución era una auténtica labor de “deseuropeización” llevada a cabo por la dictadura encarnada en Carlos VII, que restaurara los valores católicos y las jerarquías de la sociedad tradicional premoderna⁴⁴.

Muerto Gil Robles, el máximo dirigente del tradicionalismo carlista y, en realidad, su figura política más descollante fue Juan Vázquez de Mella y Fanjul⁴⁵, quien intentó convertir al carlismo en una alternativa política coherente frente al régimen de la Restauración y a la emergencia del socialismo y de los nacionalismos periféricos. Sin embargo, Mella era, ante todo, un retórico, un orador; no un pensador sistemático. Sus escritos no pasan de ser esbozos episódicos, inacabados, polémicos, críticos, incisivos a veces; siempre dictados por la ocasión inmediata, aunque su autor pretendiera que estaban pensados para encajar dentro de un cuerpo doctrinal coherente y desarrollado. De temperamento desordenado y bohemio, fue incapaz de dar forma a su ideología, dispersa en multitud de artículos y discursos. Con todo, sus esbozos de ideas guardan estrecha similitud con los planteamientos de Maurras —a quien, por otra parte, nunca menciona en sus escritos— y con los de los integralistas lusitanos, a quienes rindió homenaje⁴⁶.

43. Carlos SERRANO: *El final...*, pp. 76 y ss. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *El carlismo ante la crisis colonial. Entre el insurreccionalismo y la legalidad (1895-1901)* (Texto inédito. Cortesía del autor). Jordi CANAL y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “No era la ocasión propicia...” La conspiración carlista de fin de siglo en un memorial a Don Carlos”, en *Hispania*, núm. 181 (1992), pp. 705 y ss. Conde de RODEZNO: *Carlos VII, Duque de Madrid*. Madrid, 1948, pp. 101 y ss.

44. *Oligarquía y caciquismo como forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*. Tomo II. Madrid, 1975, pp. 148 y ss.

45. Vid. Rafael GARCÍA GARCÍA DE CASTRO: *Vázquez de Mella. Sus ideas. Su persona*. Granda, 1940.

46. Vid. *El Pensamiento Español*, 25-X-1919. Con respecto a la influencia de Maurras, su exégeta Rafael GAMBRA señala: “Mella conoció, naturalmente, la obra de Acción Francesa y de su fértil agu-

Su alternativa tenía por base la unidad católica, la federación ibérica, la representación política de carácter corporativo y la autonomía municipal⁴⁷.

El encargado de sistematizar los planteamientos esbozados por Vázquez de Mella fue Víctor Pradera Larrumbe, su discípulo por antonomasia⁴⁸. Con Pradera, iba a acentuarse ideológicamente la evolución del tradicionalismo carlista desde el regionalismo a la definición de un movimiento en el que el legitimismo dinástico cedió paso a las ideas corporativistas, organicistas y de apología directa del golpe de Estado militar, así como la exaltación de la unidad nacional frente a los nacionalismos periféricos.

Elegidos por vez primera diputado en 1899, Pradera se distinguió inmediatamente como un orador y consumado polemista. Influido por Mella, Donoso Cortés, Santo Tomás y Charles Maurras, se mostró, desde los comienzos de su vida política, como un enemigo radical de los nacionalismos vasco y catalán; lo que provocaría no pocos choques con sus correligionarios más proclives a una alianza con aquellos. A su juicio, tanto el nacionalismo catalán como, sobre todo, el vasco carecían de fundamento histórico y doctrinal; y su único objetivo era la independencia en relación al resto de España. En la elaboración de su proyecto político, Pradera partía de una concepción organicista de la sociedad, que considera al Estado descompuesto en varias partes, familia, municipio, región, en cuya cúspide, por un proceso de agregación natural, se sitúa la nación. Desde esta perspectiva, el poder estatal ha de aceptar esta organización "natural", en tanto las regiones son unidades anteriores a él, con su personalidad y rasgos propios, configurados orgánicamente a lo largo de la historia. En ese sentido, la nación española se presentaba, desde la época de los Reyes Católicos, como un "Imperio", es decir, como una unidad política superior compuesta de regiones autárquicas; una federación de regiones a quien la Iglesia y la Monarquía habían dotado de unidad e identidad. Así, durante el reinado de los Reyes Católicos y de los Austrias pudo conjugarse armónicamente la diversidad de las regiones con su necesaria unidad política. El advenimiento de los Borbones y luego la revolución liberal tuvieron como consecuencia la destrucción de las regiones y la instauración de un sistema político y administrativo centralista de inspiración francesa. Nacidos como reacción al centralismo liberal, los nacionalismos vasco y catalán no constituían una respuesta adecuada al problema regional. Ambos nacionalismos compartían la concepción estatista y uniformista del liberalismo e incompatible, por tanto, con las libertades forales. Por otra parte, el factor racial, invocado por el nacionalismo vasco, aparte de ser un concepto oscuro, privaba, en el fondo, a la nación de su razón de ser, suprimiendo la comunidad de cul-

deza recibió, sin duda, inspiración y aliento, pero su espíritu interno es radicalmente distinto: quizá por ello no le cite nunca entre sus fuentes ni de ninguna manera". Ello se debe, fundamentalmente, según Gamba, al agnosticismo maurrasiano (Rafael GAMBRA: *La Monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*. Madrid, 1973, p. 21).

47. Juan VÁZQUEZ DE MELLA: *Regionalismo y Monarquía*. Madrid, 1957.

48. Vid. Maximiano GARCÍA VENERO: *Víctor Pradera, guerrillero de la unidad*. Madrid, 1943. Carlos GUINEA: *Víctor Pradera*. Madrid, 1953.

tura. Tampoco resultaban históricamente convincentes los argumentos nacionalistas relativos a la defensa de la identidad cultural diferenciada del conjunto español; y menos aún el factor lingüístico, ya que la oficialidad del castellano, como lengua de la unidad estatal, no era incompatible con el resto de las lenguas nacionales, catalán y vascuence⁴⁹.

En ese sentido, la interpretación de los Fueros resultaba esencial. Frente a Sabino Arana, que los había interpretado como código de soberanía nacional, Pradera veía en los Fueros “el gran título de amor de Vasconia a España”; eran el fundamento de la unidad política nacional, ya que su existencia demostraba que el País Vasco no podía ser considerado como una nación soberana, sino como una “sociedad menor” dentro de la unidad superior española⁵⁰.

Su alternativa tanto al nacionalismo como al centralismo liberal era el foralismo o “regionalismo”, que consistía en la restauración de las autarquías regionales, siguiendo el ejemplo de la Monarquía de los Reyes Católicos, que garantizaría una amplia descentralización sin poner en peligro la unidad superior. El Rey, como titular de la soberanía nacional, compartiría ésta con todas las regiones, que tendrían representación en las cortes corporativas, conservarían su derecho privativo, su lengua y dispondrían de autarquía administrativa y económica para conservar su tributación⁵¹.

III. CATALANISMO Y “NOVECENTISMO”

Como ya hemos apuntado, una de las consecuencias de la crisis noventa-yochista fue la efervescencia de los nacionalismos periféricos como movimientos políticos de envergadura. Sobre la plataforma de la debilidad del proyecto nacional español, algunas zonas, tanto en Cataluña como en el País Vasco, comenzaron a defender la realidad nacional de sus comunidades, reclamando un proyecto político diferente, apoyándose para ello en las diferencias históricas y culturales, que el proyecto nacional unitario no había conseguido eliminar, y en su particular posición dentro de las relaciones sociales de la nación y del Estado.

El más importante de estos movimientos, por su amplitud y densidad ideológica, fue el nacionalismo catalán, y que, como tendremos oportunidad de ver, no dejará de ejercer influencia ideológica, por su pronta recepción de los planteamientos maurrasianos, en el ulterior desarrollo del nacionalismo conservador español. De hecho, el catalanismo había nacido de la crítica conservadora y tradicionalista del Estado liberal español; y se alimentó de varias fuentes ideológicas: el romanticismo literario, que hizo hincapié en la cultura y el idioma; el proteccionismo aduanero, grato a la burguesía del Principado; el foralismo carlista,

49. VÍCTOR PRADERA: *Regionalismo y nacionalismo*. Madrid, 1917, pp. 27 y ss.

50. VÍCTOR PRADERA: *El misterio de los fueros vascos*. Madrid, 1918, pp. 15 y ss.

51. VÍCTOR PRADERA: “Fernando el Católico y los falsarios de la historia”. Madrid, 1922, pp. 421 y ss. *Obras Completas*. Tomo I. Madrid, 1945, pp. 323 y ss.

reforzado por el tradicionalismo eclesiástico, cuyo máximo representante fue Torras i Bages⁵².

Enrique Prat de la Riba fue el sintetizador de todas estas corrientes doctrinales, que confluyeron en el nacionalismo catalán. Prat, cuyo paralelo ideológico con Charles Maurras es patente⁵³, se mostró en todo momento contrario al régimen parlamentario, que, desde su óptica organicista, era sinónimo de fragmentación, incoherencia y desorden, y cuyas consecuencias sociales y políticas más palpables eran “la burocracia, el absolutismo de las pandillas de políticos profesionales y el alejamiento de todos los elementos del país que por su inteligencia, su posición y sus intereses, deberían ejercer una mayor influencia en la dirección del Estado”. Frente a lo cual, propugnaba la representación corporativa “mediante el sufragio universal de los cabezas de familia, por gremios y profesiones, a fin de acabar con el parlamentarismo que entrega el gobierno a los charlatanes de oficio”⁵⁴.

La movilización catalanista tenía como horizonte utópico la consecución de un Estado propio; pero Prat no era separatista. Su solución era el Estado federal en el interior y el imperialismo en el exterior, desde “Lisboa hasta el Ródano”⁵⁵.

La estrategia política pratiana consiguió grandes éxitos políticos. Después del “Desastre” logró agrupar a varias tendencias dispersas de la derecha catalanista, formando la Lliga Regionalista, que, en 1906, junto a otras fuerzas catalanistas, formó parte de la Solidaridad Catalana, unión que al año siguiente obtuvo un notable éxito electoral. Entretanto, Antonio Maura recogió las sugerencias de “mancomunar” a las diputaciones provinciales, a fin de crear instituciones político-administrativas de carácter local, proyecto que ni él ni Canalejas consiguieron que se aprobara en las Cortes; pero que finalmente el gobierno de Dato logró sacar adelante en 1913, siendo nombrado Prat de la Riba presidente de la Mancomunidad catalana, desde cuyas instituciones llevaría a cabo una importante labor política y cultural.

En el desarrollo de su proyecto político, Prat encontró en Eugenio D’Ors a uno de sus más lúcidos y dotados colaboradores intelectuales. Pionero en la recepción de los postulados y los temas del nacionalismo integral maurrasiano en España, D’Ors se sintió en todo momento compenetrado con Prat, cuya obra consideraba “una lección de doctrina”, “la fórmula científica del ideal político”⁵⁶.

Fruto de esta compenetración fue su pronta colaboración en “La Veu de Catalunya”, donde publicó, bajo el pseudónimo de “Xenius”, su célebre “Glosario”;

52. Jesús PABÓN: *Cambó*. Tomo I. Barcelona, 1952. Jordi SOLÉ TURA: *Catalanismo y revolución burguesa*. Madrid, 1975.

53. Sobre este tema, Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Charles Maurras en Cataluña* (Paper mecanografiado presentado a discusión en el Seminario de Historia celebrado en el Instituto Ortega y Gasset en la sesión del 23 de enero de 1996). Joaquim COLL I AMARGÓS: *El catalanisme conservador davant L’afar Dreyfus, 1894-1906*. Barcelona, 1994.

54. Vid. Enric JARDÍ: *Les doctrines jurídiques, polítiques et socials d’Enric Prat de la Riba*. Barcelona, 1974, pp. 135 y ss. SOLÉ TURA: *Catalanismo...*, pp. 214 y ss.

55. Enric PRAT DE LA RIBA: *La nacionalidad catalana*. Barcelona, 1982, p. 121.

56. Eugeni D’ORS: *Obra Catalana Completa (1906-1910)*. Barcelona, 1950, pp. 182-183.

y su nombramiento como secretario general del Instituto de Estudios Catalanes, al que luego seguirían importantes cargos en la Mancomunidad⁵⁷.

D'Ors fue, en ese sentido, el máximo impulsor del movimiento "novecentista" contrario al "modernismo". El "novecentismo" llevaba a una nueva definición de la identidad y la cultura catalanas. Siguiendo los cánones estéticos del clasicismo, D'Ors tachaba al "modernismo" de irracional y romántico, individualista y vitalista. Por contra, el "novecentismo" suponía una estética clasicista, un "clasicismo esencial", es decir, un arbitrarismo propio del hombre liberado de la servidumbre romántica hacia lo espontáneo, de la imitación de "lo salvaje"⁵⁸.

En este sentido, la máxima aportación de D'Ors al proyecto catalanista fue su definición de lo catalán a través de su célebre obra "La Bien Plantada", fuertemente influida por "El Jardín de Berenice" de Barrés y por la "Invocación a Minerva" de Maurras. En esta obra, D'Ors presentó el arquetipo de Teresa como el símbolo de la tradición catalana, como la portavoz de los valores clásicos de razón, límite, los detalles exactos, el orden y la armonía⁵⁹.

El proyecto "novecentista" culminaba, como en el caso de Prat, en la idea de Imperio. El imperialismo d'orsiano comportaba, en el fondo, un antiseparatismo que evidenciaba la voluntad de conseguir la hegemonía política y social en el resto de España. Por eso, D'Ors reclamaba "la Cataluña interventora en los asuntos del mundo"⁶⁰.

El imperialismo d'orsiano llevaba en sí una fuerte crítica del liberalismo y la democracia. El liberalismo representaba "el individualismo atomístico"; y la democracia era "la ideología revolucionaria de los instintos de la burguesía"⁶¹. Por contra, el imperialismo comportaba "la socialización, el Estatismo, el Estado educacional, la Ciudad, la idea de expansión de los pueblos, la Justicia Social, la lucha por la Ética y por la Cultura"⁶².

Muerto Prat de la Riba en 1917, D'Ors comenzó a caer en desgracia ante las nuevas jerarquías catalanistas, iniciándose, desde entonces, una amplia operación de acoso que, años después, terminaría con el abandono de "Xenius", acusado de irregularidades administrativas y de simpatías sindicalistas, de sus cargos en la entidad autónoma y, finalmente, con su marcha de Cataluña. Ello no comportó, sin embargo, un cambio cualitativo en su perspectiva ideológica. Ya en Madrid, D'Ors comenzó a colaborar en "ABC" y luego en "El Debate", convirtiéndose en uno de los más importantes ideólogos del conservadurismo español. Significativamente, Teresa, la Bien Plantada, dejaría paso a Isabel La Católica como arquetipo de la nación española⁶³.

57. Sobre D'Ors como filósofo y político, José Luis LÓPEZ ARANGUREN: *La filosofía de Eugenio D'Ors*. Madrid, 1945. Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA: *D'Ors ante el Estado*. Madrid, 1981. Enric JARDÍ: *Eugenio D'Ors. Vida y obra*. Barcelona, 1968. Norbert BILBENY: *Eugeni D'Ors i la ideologia del Noucentisme*. Barcelona, 1988. Mercé RIUS: *La filosofía d'Eugeni D'Ors*. Barcelona, 1994.

58. Eugeni D'ORS: *Glosari*. Barcelona, 1982, p. 128.

59. Eugenio D'ORS: *La Bien Plantada*. Barcelona, 1982, pp. 85 y ss.

60. D'ORS: *Obra Catalana...*, p. 183.

61. D'ORS: *Glosari*, p. 91.

62. *Ibidem*, pp. 91 y ss.

63. Eugenio D'ORS: *Vida de Fernando e Isabel*. Barcelona, 1982, p. 29.

IV. NACIONALISMO ESPAÑOL Y ESPÍRITU NOVENTAYOCHISTA: HACIA OTRA ESPAÑA

La crisis del 98 generó igualmente una reacción de tipo intelectual, muy semejante a la ocurrida en otros países europeos, que determinaría una mentalidad y una actitud crítica ante la sociedad, que luego acabó por diluirse, pero que, al mismo tiempo, marcó de forma indeleble la trayectoria política e ideológica de no pocos intelectuales españoles. Lo que un inteligente crítico ha llamado “espíritu del 98”, significa, en definitiva, una reacción de inconformismo, de rebeldía, de inquietud por parte de las nuevas élites intelectuales con respecto a la realidad de la España “oficial” de la Restauración, y que envuelve la búsqueda de una nueva “tradicción” sustentadora de una España alternativa, de un nueva España; en definitiva, de un nuevo nacionalismo. Esta apelación fue igualmente tributaria del enrarecido momento filosófico de la Europa finisecular, teñido de vitalismo y de antirracionalismo y tributario de Nietzsche, Schopenhauer, Bergson y Kierkegaard; lo cual explica el característico irracionalismo voluntarista de que están impregnadas la mayoría de sus obras y las tesis sostenidas en ellas⁶⁴.

Es obvio, por otra parte, que, al menos en un principio, esta nueva élite intelectual tenía poco que ver con el universo simbólico de las derechas españolas de la época —aunque, luego, como tendremos oportunidad de ver, alguno de sus miembros, como “Azorín” y mucho más tarde Maeztu, ingresó en el conservadurismo—; sin embargo, no es menos cierto que no pocos de sus supuestos no sólo fueron aprovechados por el conjunto de la derecha oficial, sino que servirían de buscado antecedente de la derecha radical y revolucionaria posterior.

Ello es igualmente cierto en el caso de algunas figuras españolas precursoras del “espíritu” noventayochista, como Joaquín Costa. En gran medida, Costa sigue siendo una figura anómala. La mayoría de los ideólogos y profetas del siglo XIX español han sido debidamente etiquetados y clasificados. Las doctrinas, influencias y personalidades de Balmes, Donoso Cortés, Sanz del Río, Cánovas, Menéndez y Pelayo, etc., han sido colocadas en sus respectivos anaqueles del museo de la historia de las ideas. Costa, en cambio, sigue, en el fondo, sin clasificar, como lo estuvo, por otra parte, en vida: reclamado y repudiado por las derechas tanto como por las izquierdas. Ello es debido a que la producción costista, por su carácter polifacético, a veces ambiguo, y tal vez hasta contradictorio, no facilita el análisis y la formulación de una valoración global y por ello ha dado lugar a múltiples interpretaciones, hasta tal punto que después de su muerte pudieron reivindicarlo políticos e intelectuales de dos bandos tan divergentes que pronto se enfrentarían en una cruenta guerra civil⁶⁵.

64. Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Ortega y el 98*. Madrid, 1979, pp. 81 y ss. José Luis ABELLÁN: *Sociología del 98*. Barcelona, 1972.

65. Vid. Alfonso ORTÍ: *Estudio introductorio a “Oligarquía y caciquismo” de Joaquín Costa*. Tomo I. Madrid, 1975. G. J. G. CHEYNE: *Joaquín Costa, el gran desconocido*. Barcelona, 1972. Del mismo autor: *Ensayos sobre Joaquín Costa*. Huesca, 1992. Rafael PÉREZ DE LA DEHESA: *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*. Madrid, 1966. Jacques MAURICE y Carlos SERRANO: *J. Costa: crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*. Madrid, 1977.

Y, en ese sentido, no han escaseado autores que le han asociado a la derecha, adheriéndose a la conocida afirmación de Manuel Azaña: “Su trayectoria es la de un hombre que quisiera dejar de ser conservador y no puede”⁶⁶.

Independientemente de la veracidad o falsedad del alegato azañista, puede haber pocas dudas de que el conjunto de las derechas españolas encontró munición aprovechable en sus escritos: el organicismo, el tradicionalismo historicista, el antipoliticismo, sus proyectos de modernización hidráulica; y, sobre todo, su ambigua denuncia del sistema parlamentario de la Restauración, en el que siempre vio, por su fraudulencia e hipocresía, el baluarte de caciques y oligarcas. No menos trascendente fue, en ese sentido, su invocación a la “revolución desde arriba” —recogida, como hemos visto, aunque desde otra perspectiva, por Maura— cifrada en su programa de “escuela y despensa” y al “cirujano de hierro”, cuya misión histórica radicaba en llevarla a cabo, mediante una implacable política quirúrgica⁶⁷.

Buena muestra de la ambivalencia de los intelectuales noventayochistas fue la trayectoria poética de José Martínez Ruiz, “Azorín”, quien en un primer momento, expresó su adhesión a Pi y Margall y luego al anarquismo. Sin embargo, el suyo era más que nada un anarquismo inspirado en el individualismo de Stirner y en el vitalismo de Nietzsche, muy distinto, pues, del anarquismo obrero de inspiración bakuniana-kropotkiniana. Su elitismo poco tenía que ver con el populismo de los anarquistas militantes. En ese sentido, la crítica del joven Martínez Ruiz se centraba en los valores tradicionales y, como acicate, la apelación a la fuerza, a la violencia, a los valores elementales⁶⁸.

Esta actitud juvenil no se transformó cualitativamente a partir de su polémico cambio político, cuando pasó a militar abiertamente en las filas del conservadurismo de Maura y La Cierva. Su obra “El político” —en la que no pocos vieron un homenaje a Maura— es un claro ejemplo del giro ideológico del escritor alicantino. Se trata de una curiosa amalgama de elementos vitalistas, regeneracionistas y conservadores, en el que se recomienda al dirigente político la práctica de las virtudes de la fortaleza, la elegancia, la cautela, el equilibrio, la serenidad, el sentido de la autoridad; y, sobre todo, de la importancia de la fuerza en las sociedades: “No dé el político en la candidez de creer en la famosa distinción entre el derecho y la fuerza. No hay más que una cosa: fuerza. Lo que es fuerte, es lo que es de derecho (...) La fuerza es la vida, y la vida es un hecho desconocido”⁶⁹.

Para entonces, el escritor alicantino había llegado a la conclusión de que la sociedad española necesitaba una política de autoridad para llevar a cabo el proceso de “regeneración” social y nacional⁷⁰. Pero ello no podía conseguirse sin la

66. Manuel AZAÑA: “¡Todavía el 98!”, en *Obras Completas*. Tomo I. Madrid, 1990, p. 558.

67. Vid. Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA: “La dictadura regeneracionista de Costa”, en *Razón Española*, núm. 18, julio-agosto, 1986, pp. 51 y ss. Javier VARELA: *La literatura del Desastre o el desastre de la literatura*. Fundación Ortega y Gasset. Madrid, 1995, pp. 14 y ss.

68. Para la distinción entre ambos anarquismos, José ÁLVAREZ JUNCO: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*. Madrid, 1991, pp. 164 y ss.

69. AZORÍN: *El político*. Madrid, 1980, pp. 45-46.

existencia de un proyecto conservador, ausente en la derecha española desde, por lo menos, la muerte de Cánovas. Compenetrado desde joven con la cultura francesa, “Azorín” creía que la derecha francesa debía servir de ejemplo. En ese sentido, los profetas de ese nuevo conservadurismo debían ser Barrés y Maurras, gracias a cuyas aportaciones la derecha francesa había conseguido una considerable influencia en los ámbitos intelectuales. En consecuencia, la derecha española debía articular una auténtica doctrina política, que englobara tanto la economía como la estética y la sociología. La doctrina integral tendría su base en la física social de Comte; su estética reposaría en el lema barresiano de la “tierra y los muertos”; y su doctrina económica en la defensa de las estructuras agrarias de producción, como base de la continuidad social. Naturalmente, estos planteamientos chocaban frontalmente con los principios liberales de sufragio universal, parlamentarismo y jurado, que debían ser erradicados de la vida política, como virus que fomentaban la incoherencia, la discontinuidad y el desorden: “El sufragio universal es una superstición, como lo es el jurado”⁷¹.

Miguel de Unamuno, como la mayoría de los noventayochistas, no fue ni liberal ni demócrata. Llevado de su vanidad, Unamuno se dejó utilizar como bandera primero por los socialistas, luego por el republicanismo y más tarde por la contrarrevolución. Nunca tuvo, sin embargo, una posición política coherente. En algunos casos, ha sido comparado con Charles Maurras y Maurice Barrés, como representante intelectual de la “revolución conservadora”, por su búsqueda de “una ruptura hacia el pasado, deseando una nueva comunidad en la cual viejas ideas e instituciones pretendiesen una nueva fidelidad”; y cuya visión del mundo consistía en una combinación de “criticismo cultural con un nacionalismo extremo”⁷².

Ciertamente, el escritor español no escatimó críticas a Maurras y Barrés, especialmente por su intento de mezclar, siendo como eran dos ateos notorios, política y religión⁷³. Sin embargo, su propia preocupación nacionalista, su imagen hispánica y castellanista, su crítica de los nacionalismos periféricos o su propio voluntarismo irracionalista le acercan a las ideas de los representantes del conservadurismo radical europeo de finales de siglo. El regeneracionismo unamuniano rechazaba los planteamientos del tradicionalismo, al que acusaba de “casticista”, causante, además, del atraso social y científico de la nación; pero estimaba que la labor europeizadora tenía que contar con la “tradicción”; y ésta era necesario buscarla en la “intrahistoria” nacional, ese nivel profundo e incontaminado del alma colectiva, subrayando de ese modo su intemporalidad e independencia en relación a los hechos que se suceden en la superficie de los acontecimientos humanos. La vía propuesta para acceder a la “intrahistoria” no es sino una relectura vital de las tesis positivistas de Taine, según las cuales el pasado y el presente forman

70. AZORÍN: *Un discurso de La Cierva*. Madrid, 1914, pp. 80 y ss.

71. *Ibidem*, pp. 87 y ss. *Con bandera de Francia*. Madrid, 1950, pp. 85 y ss.

72. Fritz STERN: *The Politics of Cultural Despair: A Study of the rise of Germanic Ideology*. New York, 1965, pp. 6-7.

73. Vid. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “Charles Maurras y España”, en *Hispania*, núm. 188 (1994), pp. 1029 y ss.

una sola y única realidad, dada la similitud de los condicionamientos geográficos y raciales que vienen conformando desde sus más remotos orígenes hasta el momento actual una determinada comunidad nacional. La tierra y los hombres en ella forjados constituyen la fuente viva de la tradición; en consecuencia, sólo desde el presente histórico es posible adentrarse en las huellas del pasado. En ese sentido, la tarea de los “españoles europeizados” no habrá de consistir en la construcción *ad extra* de un sistema teórico, sino en redescubrir los tesoros ocultos en el “alma” del pueblo, herencia de un pasado del que el propio pueblo no tiene memoria expresa⁷⁴.

Menos metafísico se mostraba, a la hora de dar respuesta a la crisis noventa-yochista, Ramiro de Maeztu, el escritor de mayor densidad, junto a Unamuno, de cuantos nacieron a la vida literaria en la España finisecular. Pese a sus continuos cambios de perspectiva ideológica a lo largo de su dilatada vida periodística, la preocupación por España, la temática nacionalista española tuvo en la obra de Maeztu una importancia primordial, hasta configurar y unificar radicalmente el conjunto de su producción⁷⁵.

A diferencia de otros noventa-yochistas, Maeztu, al estallar el conflicto con Estados Unidos, se alistó como voluntario, siendo destinado a Baleares, donde tuvo oportunidad de percibir la total ausencia de organización militar y la cobardía del conjunto de la población, ante el rumor de que la escuadra norteamericana se disponía a invadir las islas: “Yo ví aquello, y lo que más me asombra — dirá— es haber conservado cierto optimismo colectivo después de haberlo visto”⁷⁶.

Su proyecto de regeneración nacional es fruto de la apabullante impresión de decadencia y de disgusto que siguió a la derrota del 98. Aunque influido por Marx, Nietzsche y Spencer, Maeztu nunca fue un revolucionario; la solución a la problemática inaugurada por la derrota del 98 se encontraba en la consolidación de la unidad nacional, a través de la modernización y de la industrialización: “Si España presenta una resistencia invencible a la iniciada industrialización burguesa, nuestra nacionalidad será arrollada por extranjeras manos”⁷⁷.

En Maeztu, la nación no se define como una solidaridad adscriptiva, sino como un proceso, como algo que es preciso realizar en y mediante un proyecto de trascender su propia situación atrasada: “No veamos en España un espectro histórico, un fantasma doloroso, una cruel pesadilla; contemplémosla mejor como un niño próximo a nacer, cuyos primeros vagidos se perciben en esa íntima agitación que deja estupefactas a nuestras clases directoras históricas, gastadas, decadentes, próximas a morir”⁷⁸.

74. Miguel DE UNAMUNO: “En torno al casticismo”, en *Obras Completas*. Tomo I, Madrid, 1966, pp. 859 y ss.

75. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “Nacionalismo y modernización en la obra del primer Maeztu”, en *Hispania*, núm. 184 (1993), pp. 557 y ss.

76. “Recuerdos tristes. La defensa de Mallorca”, en *España*, 23-II-1904.

77. Ramiro DE MAEZTU: *Hacia otra España*. Madrid, 1967, p. 152.

78. “Ante las fiestas del Quijote”, *Alma Española*, 13-XII-1903.

A ese respecto, Maeztu vio en la obra de Costa la elaboración y construcción de una “tradicón” nacionalista y popular, distinta a la defendida por los conservadores y tradicionalistas: “(...) los libros de Costa han creado la posibilidad de un patriotismo popular, de un patriotismo en que se funden las ideas de patria y de pueblo...”⁷⁹.

En ese sentido, Maeztu admiraba a las burguesías catalana y vasca, que, con su pujanza económica, podían ser los sujetos sociales de esa transformación y vertebración nacional. Ello chocaba, sin embargo, con la emergencia de los nacionalismos periféricos de los que Maeztu siempre se mostró enemigo radical. Desde su perspectiva unitaria y modernizadora, los temas del nacionalismo vasco, su ruralismo, su localismo, su insistencia en los factores raciales y lingüísticos de diferenciación, carecían de virtualidad histórica. En ese sentido, estimaba que la emergencia del nacionalismo vasco sólo podía explicarse por “la supervivencia de la barbarie antigua”⁸⁰. Comparado con la brutal franqueza del nacionalismo vasco, el catalanismo parecía “menos instintivo y violento”; pero no pasaba de ser “una mezcla de agua y de juego, de corderos y lobos, de trovas y aranceles, tan inconsistente ante el análisis, como incomprensible al corazón”⁸¹.

La renovación nacional vendría dada, no sólo por el desarrollo económico, sino por una auténtica reforma intelectual y moral, consistente en la renovación de la mentalidad de las élites burguesas, en la secularización de las conciencias; y, sobre todo, en la articulación de una conciencia nacional unitaria, a través de un nuevo sistema educativo, basado en valores prácticos, en los deportes, la sociología, el conocimiento geográfico y del arte nacional. A lo que habría que sumar la labor de los intelectuales en la articulación de símbolos y mitos; y, sobre todo, la ayuda del Ejército, como el más firme elemento cohesionador con que contaba la sociedad española en aquellos momentos; que formara “el espíritu nacional que tanto contribuye al resurgimiento de la ciencia, las letras, la industria y demás actividades de la ciencia moderna”⁸².

Los planteamientos noventayochistas tendrían influencia, en el futuro, en la Dictadura primorriverista, sobre todo en lo referente al desarrollo económico, y el propio Maeztu, tras sus escauceos fabianos, la dio su apoyo. Pero tendrían igualmente una impronta decisiva en los doctrinarios de la derecha revolucionaria, que, como Ernesto Giménez Caballero, Ramiro Ledesma Ramos o José Antonio Primo de Rivera, no dudaron, particularmente el primero, en declararse “nietos del 98”⁸³; e incluso posteriormente en algunos representantes de la tecnocracia franquista⁸⁴.

79. Ramiro DE MAEZTU: *Debemos a Costa*. Zaragoza, 1911, p. 45.

80. “Los bizcaitarras”, *El Imparcial*, 23-VI-1901. *Hacia...*, pp. 75 y ss.

81. “Solidaridad española”, *Las Noticias*, 29-IX-1899. “La crisis del catalanismo”, *España*, 28-IV-1904.

82. GONZÁLEZ CUEVAS: *Op. cit.*, pp. 604 y ss. “Deber social del Ejército”, *El Imparcial*, 13-II-1902. “Patria y Ejército”, *España*, 22-X-1904.

83. Vid. Ernesto GÍMENEZ CABALLERO: *Genio de España*. Madrid, 1932, pp. 51 y ss. Ramiro LEDESMA RAMOS: “Grandezas de Unamuno”, en *La Conquista del Estado*, núm. 2, 21-III-1931. “Unos minutos con Unamuno”, *La Conquista del Estado*, núm. 4, 4-IV-1931. José Antonio PRIMO DE RIVERA: *Obras Completas*. Tomo I. Madrid, 1976, pp. 551 y ss.

84. Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA vería, en ese sentido, en *Hacia otra España* un antecedente de los planteamientos desarrollistas y tecnocráticos del primorriverismo y luego del franquismo (Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento Español*, 1967. Madrid, 1968, p. 181).

V. LA GÉNESIS DE LA DERECHA RADICAL: EL MAURISMO

El aislamiento de Maura, tras su salida del gobierno en 1909, iba a tener consecuencias muy graves para el conservadurismo dinástico. La renovación de la confianza a los liberales, después del asesinato de Canalejas, y, sobre todo, la posterior llamada a Eduardo Dato, en 1913, cuya promoción dio lugar al grupo conservador que Maura calificaría despectivamente de “idóneo”, consumió la escisión del conservadurismo, produciéndose en su seno una serie de réplicas escalonadas, que dieron lugar al “maurismo” como grupo político diferenciado⁸⁵.

La irrupción del maurismo en la vida política nacional supuso un cambio importante en las prácticas políticas e ideológicas que habían caracterizado, hasta entonces, al conservadurismo dinástico. E incluso chocó, en no pocas ocasiones, con los planteamientos del propio Maura, quien nunca dejó de ser un liberal.

Para la nueva élite política maurista, la “revolución desde arriba” había de tener un contenido más preciso y concreto, no exclusivamente político, como en el pensamiento de su jefe. Puede percibirse, en ese sentido, un proyecto de racionalización social y económica, cuyo objetivo era el establecimiento de las premisas a partir de las cuales se hiciera viable el desarrollo industrial controlada por las élites tradicionales. El “descuaje” del caciquismo, el saneamiento de la administración, el aumento del aparato burocrático, el intervencionismo económico fueron factores del pensamiento sociopolítico de los mauristas. Se trataba, por otra parte, de un proyecto de modernización selectivo, que no alterara la estructura de clases ni de las instituciones tradicionales, familia, Iglesia, Monarquía, educación, etc.⁸⁶.

Los planteamientos ideológicos de la derecha maurista tuvieron su máximo expositor en Antonio Goicoechea y Cosculluela, hombre formado en las corrientes del socialcatolicismo y del organicismo krausista⁸⁷. Para Goicoechea, el maurismo venía a ser la antítesis y superación del canovismo. No el liberalismo doctrinario, sino la “democracia conservadora”; no el individualismo posesivo, sino el intervencionismo estatal; no el centralismo, sino el autonomismo municipal; y, sobre todo, no el resignado pesimismo canovista, sino la “fe en el espíritu creador y en las inagotables energías de la raza”⁸⁸.

Desde su nivel de análisis, Goicoechea partía del hecho de las nuevas realidades económicas que iban poniendo en crisis la concepción liberal de la socie-

85. María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*. Madrid, 1990. Javier TUSELL y Juan AVILÉS: *La derecha española contemporánea. Sus orígenes: el maurismo*. Madrid, 1986.

86. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “El pensamiento sociopolítico de la derecha maurista”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tomo CXC. Madrid, 1993, pp. 365 y ss.

87. Vid. EL CABALLERO AUDAZ: *Goicoechea y la restauración*. Madrid, 1935. José GUTIÉRREZ RAVÉ: *Antonio Goicoechea*. Madrid, 1965.

88. Antonio GOICOECHEA: *Hacia la democracia conservadora*. Madrid, 1914, p. 233.

dad. La sociedad no podía ya ser considerada como un conglomerado de individuos atomizados; tampoco podía seguirse manteniendo que la voluntad política podía ser el resultado de las agregaciones de voluntades individuales; y, en consecuencia, se imponía un nuevo tipo de democracia “conservadora” y “orgánica”, en la que la representación política individual habría de contar igualmente con la presencia de un importante componente corporativo⁸⁹.

De la misma forma, el maurismo, por boca de Goicoechea, que se mostraba muy compenetrado con los autores de la escuela histórica alemana de economía, se erigió en adalid del nacionalismo económico. El Estado debía de participar, en ese sentido, en la actividad económica, garantizando el proceso de industrialización y la realización del excedente económico. El nacionalismo económico llevaba consigo, además, el fomento de la iniciativa privada y el estímulo a las industrias nacionales, el establecimiento de limitaciones y obstáculos a la inversión extranjera, la protección directa y activa de la producción nacional; lo mismo que inserción de expertos y burócratas en las tareas del Estado⁹⁰.

Ello llevaba implícitamente, a nivel ideológico y político, a una reafirmación de la tradición nacional, cifrada en instituciones como la Monarquía y la Iglesia católica⁹¹. Y en el consiguiente rechazo de tradiciones alternativas como las representadas por el krausismo, el institucionismo y el noventayochismo, que eran presentadas como producto de una intelectualidad descastada y cosmopolita: “A un pueblo —dirá Goicoechea— que tiene ese pasado no se le puede decir que se europeice, se le debe decir que se reconcentre dentro de sí mismo, que busque en la intimidad de su espíritu el genio nacional, que no floreció para la cultura en la copia servil de lo extraño, sino cuando irrumpió en obras inmortales su sello original y creador lleno de atrevimiento, de majestad, de grandeza”⁹².

Su nacionalismo se mostraba, por otra parte, compatible con la autonomía regional. Los nacionalismos periféricos eran, a su juicio, reacciones ante el centralismo liberal y su intento de anular las tradiciones históricas de los pueblos. Sólo mediante una política de signo regionalista, apoyada por una institución superior tradicional como la Monarquía, y en ello había insistido Maurras, podía descentralizarse sin peligro para la unidad nacional⁹³.

Todo lo cual exigía, al mismo tiempo, un refuerzo de la identidad nacional, a través de modelos de cultura, que transmitidos por la escuela y la enseñanza configurasen un modelo de conducta específico: “Lo primero —dirá Goicoechea—

89. *Ibidem*, pp. 176 y ss.

90. ANTONIO GOICOECHEA: *El problema económico y financiero de España*. Madrid, 1917, pp. 37 y ss.

91. ANTONIO GOICOECHEA: *Política de derechas*. Madrid, 1922, pp. 209 y ss. *Hacia la democracia...*, p. 189.

92. ANTONIO GOICOECHEA: *Problemas del día*. Madrid, 1916, pp. 21-22.

93. ANTONIO GOICOECHEA: *El proyecto de Estatuto Regional y las aspiraciones autonomistas*. Madrid, 1919, pp. 26 y ss.

es la enseñanza de la Historia Nacional, que debe ocupar lugar preferente entre los conocimientos que se divulguen en la escuela”⁹⁴.

Con el tiempo, tradicionalismo carlista, conservadurismo radical maurista, nacionalismo regenerador noventayochista e integralismo d'orsiano confluirían, primero, en la Dictadura primorriverista; y luego, como antecedentes ideológicos, en el pacto antirrevolucionario que se forma en España en la crisis de los años treinta, y que llevó a agrupar las fuerzas del monarquismo de “Acción Española”, del tradicionalismo político, de los sectores católicos de la C.E.D.A. y del falangismo, cuya síntesis fue el régimen del general Franco.

94. GOICOECHEA: *Problemas...*, pp. 227-228.